Aventuras audaces: volumen 3

Planeta Junior

¡Disfruta tres nuevas y emocionantes historias de una de las mayores heroínas de Star Wars!

La Princesa Leia Organa es valiente, amable y defiende las cosas en las que cree. En estas tres aventuras, se enfrenta a misiones audaces, hace nuevos y peludos amigos y protege a un improbable grupo de prisioneros: ¡stormtroopers del Imperio! Todas las decisiones de Leia, ya sean grandes o pequeñas, demuestran lo que significa ser una heroína.

Relatos incluidos:

- Escape ewok
- Festín imperial
- Una recompensa de problemas

Aventuras audaces: volumen 3
(Las crónicas de Leia)

Emma Carlson Berne

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Forces of Destiny: The Leia Chronicles*

Autora: Emma Carlson Berne

Traducción: José Eduardo Ruiz Millán

Publicación del original: enero 2018

3 años antes y 4 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Bodo-Baas

Revisión: (sin revisar)

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

08.11.18

Base LSW v2.22

Un mensaje de Maz

Ven aquí, amigo. Te mostraré cómo fluye el agua por los oscuros canales del río. Si pones atención, podrás escuchar al agua correr. Pero ¡ten cuidado! Ilumina tu camino con esta antorcha. ¿Qué pasa? ¿Por qué sigues parado ahí? Sé que escuchas mis palabras, pero ¿por qué no te mueves? ¿Acaso no confías en mí? ¡Ah, ya veo! La confianza es algo difícil de ganar, pero fácil de perder, sobre todo si se trata de confiar en criaturas a las que acabas de conocer, o de confiar en que puedes mejorar una mala situación si te mantienes firme, o en que alguien más se esforzará tanto como tú por una causa, o si se trata de confiar en que una nueva amiga no te dejará caer al río. Pero, una vez que confíes, te sorprenderá lo valiente que puedes ser. Vamos, toma mi mano, yo sostendré la antorcha. Acércate más.

Confía en mí y recuerda: las decisiones que tomamos, las acciones que realizamos y los momentos, grandes y pequeños, nos convierten en fuerzas del destino.

Leia trepó sobre otro árbol caído enorme; sus músculos seguían adoloridos después de la pelea con el stormtrooper. La peluda y feroz criatura que le había ayudado caminaba frente a ella con determinación, aunque se tambaleaba. Con cada paso que daba parecía a punto de caerse, pero su pequeño y regordete cuerpo era sorprendentemente eficiente para navegar entre los enormes árboles, las enredaderas y las piedras cubiertas de musgo que cubrían la superficie entera de la luna boscosa de Endor.

—¡Oye! —gritó Leia mientras se abría paso entre dos enormes piedras que estorbaban su camino y mientras alcanzaba al ewok—. Gracias por ayudarme hace rato.

El peludo animal volteó. Su cara estaba como apachurrada y tenía una pequeña nariz negra. Estaba completamente cubierto de pelo, pero vestía una primitiva capucha de piel sobre su cabeza y sus hombros. Cargaba una lanza de madera con una punta de piedra. Leia ya había visto lo filosa que era, con ella había picado al stormtrooper que había intentado capturarla unos minutos antes. Y ahora estaba ahí, sin su speeder, porque lo había estrellado, y sus amigos, Luke, Han y Chewbacca, la buscaban entre un ejército de stormtroopers. Quizá lo más increíble era que la guiaba un ser que parecía un peluche con una lanza.

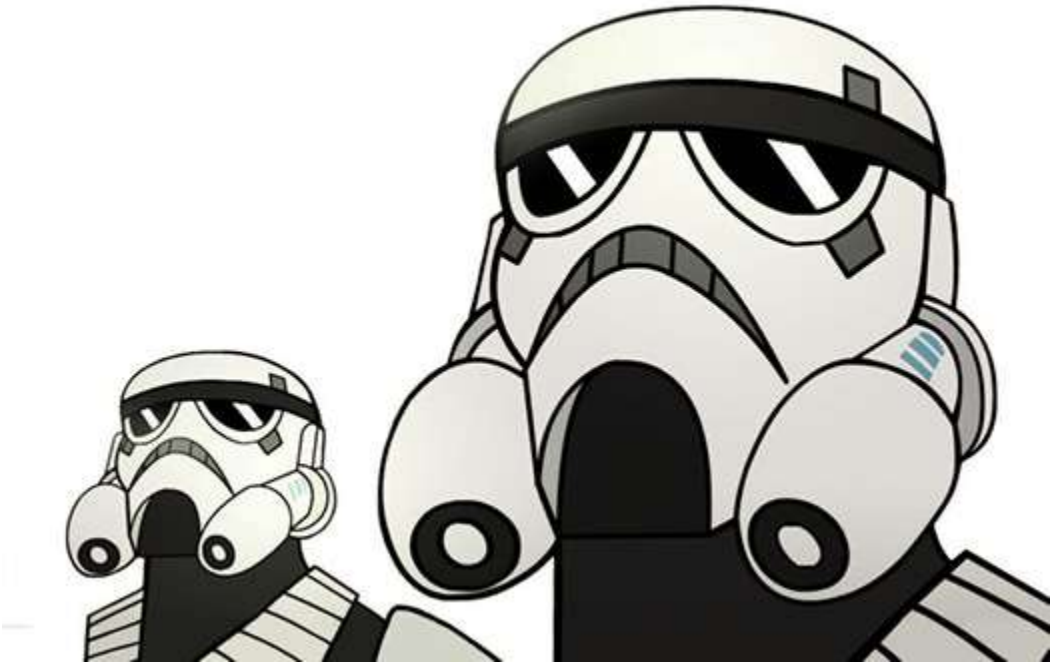
La misión comenzó cuando la Alianza Rebelde descubrió que el Imperio estaba construyendo otra Estrella de la Muerte sobre la luna boscosa de Endor. Esta segunda Estrella de la Muerte no había sido terminada aún, pero estaba resguardada detrás de un poderoso escudo. Para destruirla, un equipo de avanzada tenía que aterrizar en la luna boscosa y desactivar el generador que alimentaba de energía al escudo.

Para eso estaban ahí Leia y sus amigos.

Ella, Han, Luke y Chewie, junto con los droides C-3PO y R2-D2 y unos cuantos soldados rebeldes, habían robado una nave imperial con la cual lograron engañar a los

guardias imperiales y aterrizar en Endor. Todo había salido bien, hasta que llegaron a la luna y se encontraron con un ejército de stormtroopers.

Chewie y Han se enfrentaron a un par de troopers mientras otros abordaban sus speeders y huían. Leia y Luke los persiguieron sobre otro speeder. Cuando los alcanzaron, Leia se colocó al lado del otro speeder y Luke saltó hacia él; cuando aterrizó, lanzó al trooper al suelo. Usando su sable de luz para desviar los disparos, Luke logró deshacerse de otro trooper, pero después Leia lo perdió de vista. Ella y otro trooper intercambiaron disparos hasta que él alcanzó a impactar la parte trasera de su speeder y la mandó directo al suelo. Afortunadamente, antes de caer, Leia vio que el trooper chocó con un gigantesco árbol y explotó, formando una bola de llamas.



Adolorida y llena de moretones por la caída, se permitió recostarse sobre una cama de musgo. En cuanto su mejilla tocó el suelo húmedo, quedó inconsciente.

Cuando despertó, algo filoso le picaba el costado. Abrió los ojos de golpe y vio a la pequeña criatura peluda apuntándole con una lanza. Se movía de un lado a otro, amenazándola, era obvio que desconfiaba de ella. A Leia le costó trabajo no reírse del ewok; era muy pequeño, pero al mismo tiempo muy rudo. Ella se sentó en un tronco caído para descansar y se quitó el casco que llevaba puesto. Él empezó a parlotear asustado.

—Eres una cosita muy nerviosa —le dijo, enseñándole que el casco no era más que un sombrero.

Leia sabía que la comida siempre era buena para ayudar a ganar confianza, así que le ofreció un poco. El ewok se tranquilizó y eso resultó ser algo bueno, ya que era mucho más inteligente de lo que parecía.

Juntos pelearon contra dos stormtroopers que los encontraron poco después. La criatura golpeó a uno en la rodilla para que Leia acabara con él, después ella le disparó al segundo trooper que trataba de escapar en un speeder.

Ahora que todo había terminado, Leia podía respirar tranquila. Levantó la mirada y admiró los enormes árboles que apenas dejaban pasar los rayos del sol. No había podido apreciar por completo el esplendor de la luna mientras manejaba el speeder o cuando los stormtroopers le disparaban.

—Escucha, agradezco mucho tu ayuda, pero necesito encontrar a mis amigos —le dijo Leia al ewok.

Sus ojos negros resplandecieron. Señaló con su lanza hacia el frente y empezó a agitarla enfáticamente.

De pronto, escuchó unas voces más adelante. Primero agudas y chillonas, después mucho más fuertes. El ewok se detuvo y abrazó las piernas de Leia con sus brazos regordetes. Señaló hacia el ruido y después salió corriendo hacia el bosque gritando algo.

—¡Espera! —gritó Leia y empezó a perseguirlo—. ¡Regresa!

Corrió entre los gigantescos troncos, sintió que las enredaderas le acariciaban los hombros y poco faltó para que recibiera varios golpes en la cara de las ramas más bajas. La criatura señaló con la mano y Leia pudo ver algo blanco y brillante asomándose entre las manchas cafés y verdes del bosque.

—Stormtroopers —le susurró al ewok. Él asintió mientras apretaba su lanza con fuerza.

Los dos se acercaron con cuidado. El ewok le hizo una señal a Leia y ella se dejó caer sobre el húmedo suelo para espiar por encima de una piedra.

Dos stormtroopers amenazaban a un par de ewoks. Las pequeñas criaturas vestían las mismas capuchas que su amigo y además cargaban dos canastas tejidas entre sus brazos; estaban llenas de algún tipo de fruta morada. Los ewoks parloteaban y agitaban los brazos ferozmente. Dieron unos pasos atrás, con la esperanza de poder escapar, pero los troopers los tomaron del cuello de inmediato y los aventaron al suelo.

—Tenemos que ayudar a tus amigos —susurró Leia al ewok.

Pero no había nadie a su lado.

—¿Eh? —Leia se sentó y volteó a ambos lados buscando a su peludo amigo. Entonces lo vio trepando uno de los árboles tan ágilmente como un gato tooka—. ¿Qué haces? —murmuró mientras se arrastraba hacia el árbol que trepaba el ewok.

La criatura no le respondió. Leia aguantó la respiración cuando el ewok llegó a la rama más alta y empezó a cruzarla para llegar al árbol de al lado. La rama resplandecía entre la humedad y el musgo que la cubría. La criatura dio un paso más y luego otro. Entonces se resbaló y agitó los brazos tratando de recuperar el equilibrio. Leia ahogó un grito y se cubrió la boca con una mano, justo en el momento en el que el ewok alcanzaba a agarrarse de otra rama.

Más adelante, los troopers estaban parados frente a sus prisioneros, esas pequeñas criaturas.

—¿Puedes creerlo? —dijo uno de ellos—. Estas cosas están en todas partes. Primitivos. Me sorprende que el Imperio no se haya encargado de ellos cuando llegamos.

De pronto, uno de los ewoks amenazados, que tenía una mancha gris, levantó la mirada y se quedó inmóvil. Leia hizo un gesto de preocupación. El ewok había visto a su nuevo amigo sobre la rama.

«No lo veas fijamente, no lo veas fijamente», pensó ella.

Mientras lo veía, el pequeño ewok café brincaba de una rama a otra.

El trooper vio que una de las criaturas tenía una pequeña lanza y se la arrebató. —¿Es un arma? —preguntó y empujó al ewok otra vez.

Este lanzó un quejido al chocar con el suelo y el otro corrió para ayudarlo.

Leia veía, nerviosa, cómo su amigo sacaba un cuchillo de piedra de un bolso que tenía amarrado en la cadera. Lo usó para cortar dos gruesas lianas colgantes.

—¡Ah! Qué criatura tan inteligente —susurró Leia sonriendo. Estaba preparando una trampa.

El ewok amarró las lianas para formar un lazo, aflojó el nudo y lo fue dejando caer. Parecía una serpiente que al desenroscarse fue enrollando a los dos troopers.

—¡Oye! —gritó uno—. ¿Qué…? ¡Aaah! —Tuvo que apretar los brazos para no perder el equilibrio.

El ewok brincó de la rama y se sostuvo con fuerza de la liana. Mientras él se deslizaba hacia el suelo con gracia, los stormtroopers se elevaban por el aire, en el otro extremo del lazo. Los presos aplaudieron emocionados.

Pero algo estaba mal. Leia se dio cuenta de que su nuevo amigo no pesaba lo suficiente para mantener en el aire a los troopers, que además de ser dos, eran más fuertes y habían empezado a lanzar patadas para liberarse. Leia hizo una mueca cuando el ewok volvió a elevarse y quedó de frente a los troopers.

Por un momento los troopers observaron incrédulos al ewok, estaban a menos de dos metros de distancia.

—¡Oye! —gritó uno de los troopers—. ¡Dispárale!

El otro trooper logró desenfundar su bláster y disparar. El ewok alzó las piernas y logró esquivar el láser; los otros dos gritaban furiosos desde el suelo.

«Necesita mi ayuda», pensó Leia. La criatura había hecho un muy buen trabajo contra dos troopers tres veces más altos que él y armados con blásters, pero en ese momento necesitaba un poco de apoyo.

Leia salió de detrás de la piedra en la que se escondía. Antes de que los troopers atrapados se dieran cuenta de lo que estaba pasando, ella ya había saltado y tomado la liana de la que colgaba el ewok.

De inmediato, los troopers salieron disparados hacia arriba debido al peso extra que le había dado al ewok. Cuando llegaron a la cima, sus cascos chocaron con una rama y la rompieron. La liana se soltó tan rápido que los troopers cayeron sin que nada los detuviera y aterrizaron sobre un montón de enredaderas sucias del suelo boscoso.

Leia soltó la liana y su amigo la siguió. Se secó el sudor de la frente y recuperó el aliento. Con las manos en la cintura, ella y el ewok vieron a los stormtroopers derrotados en el suelo frente a ellos.

—Bien hecho —lo felicitó Leia.

Los dos ewoks que habían sido capturados caminaron hacia Leia y su amigo debajo del árbol, con cuidado de no pisar a los troopers inconscientes. Luego, las tres criaturas la guiaron por el bosque entre enormes troncos; dos ewoks la tomaban de las manos, uno de cada lado. Leia entrecerró los ojos, pero sólo pudo ver una brumosa luz verde entre los árboles, musgo, lianas, ramas, piedras y plantas.

Por fin, las criaturas se detuvieron y Leia volvió a mirar el horizonte, pero no había más que el mismo paisaje boscoso.

—¿Qué tan lejos está su aldea? Les agradezco mucho su ayuda, pero necesito encontrar a mis amigos —dijo Leia viendo a su amigo ewok y deseando que pudiera entender lo que decía.

Pero lo único que hacía era señalar hacia arriba, así que alzó la mirada.

Ahí, sobre su cabeza, estaba una hermosa aldea llena de cabañas, puentes y rejas, todo elevado como por arte de magia. Criaturas peludas corrían de un lado a otro, hablándose y cargando canastas llenas de ropa y ramas. Leia veía cómo un grupo de jóvenes criaturas colgaban de las lianas y las usaban para ir de un lado a otro; sus risas hacían eco por el bosque. Su amigo extendió la mano e hizo otro gesto. Era obvio lo que quería decir.

Iban a subir.

Leia se detuvo en la cima de una escalera, desde ahí pudo ver la aldea mucho mejor. Había largos puentes de cuerda y ramas que se extendían de árbol a árbol. Plataformas construidas alrededor de los troncos sostenían las cabañas en las que vivían. Por todas partes ardían fogatas para cocinar, en todas había una o más criaturas agachadas, revolviendo el contenido de sus ollas. Algunas más estaban sentadas en círculos tejiendo canastas, y afuera de una cabaña otros ewoks le quitaban la piel a un animal salvaje. También observó que unos diminutos bebés colgaban en canastas de los hombros de sus madres. Apenas alcanzaba a ver las pequeñas cabezas y los enormes ojos que se asomaban.

Un grupo de niños pequeños corrieron hacia ellos, los rodearon y empezaron a parlotear y a ver a Leia con sus enormes ojos negros.

—Hola —los saludó Leia y estiró la mano. Los niños sólo hablaron más fuerte y empezaron a reírse y a empujarse entre ellos.

Su amigo les dijo algo y los alejó con un movimiento de las manos. Los niños salieron corriendo y gritando. Mientras tanto, otro ewok más grande apareció caminando mucho más lento que los demás. Su pelaje era gris y su capucha mucho más elaborada que la de su pequeño amigo. Sus cejas estaban alborotadas y parecía estar enojado. En su mano sostenía un gran bastón hecho con un largo hueso envuelto en tela.

Cuando se acercó, el amigo de Leia hizo una reverencia y le dio un golpecito para que ella hiciera lo mismo. Ella obedeció. No sabía lo que esas criaturas eran o lo que tenían

planeado, pero dos cosas eran seguras: una, eran magníficos guerreros, como lo había demostrado su pequeño amigo con su lanza; dos, merecían todo su respeto.

La criatura más grande, que ella creía que era el líder, habló con su amigo. Sus preguntas eran obvias: «¿quién es ella?» y «¿qué hace aquí?».

Su amigo respondió al mismo tiempo que señalaba hacia el bosque con su lanza, después gesticuló como si estuviera peleando con el primer stormtrooper y después como si atrapara a los otros dos. Luego siguió hablando y señaló a Leia, tomó su mano y la estiró hacia el jefe.

Leia alzó la cabeza con cuidado, lo último que quería hacer era insultar a la criatura o faltarle al respeto.

—Sí —añadió ella—. Está diciendo la verdad, trabajamos juntos para salvar a su gente.

El jefe la vio fijamente a los ojos y ella lo miró también. Sentía que no sería correcto apartar la mirada. Por un largo momento los dos intercambiaron miradas.

Entonces, el jefe gritó algo hacia la aldea y levantó sus brazos regordetes. Agitó su báculo y después señaló a Leia.

¿Qué? ¿Qué estaba diciendo? ¿Había hecho algo mal? Su amigo le dio unos golpes en el brazo como si quisiera confortarla y empezó a hablar mientras señalaba a su alrededor. Leia entonces se quedó con la boca abierta: los aldeanos corrían y se columpiaban hacia ellos, la rodearon con sus pequeños cuerpos y voces. Se acercaron tanto que ella podía sentir sus peludos cuerpos frotando su ropa, examinando sus uñas y jugando con la funda de su bláster.

Uno de ellos gritó algo y entre todos empezaron a moverla hacia el puente, tratando de que cruzara hacia el otro lado.

—¡Está bien, está bien! —accedió—. Me quedaré, pero sólo un ratito. —Luke, Han y Chewie debían de estar en algún lugar y tal vez estaban lastimados. Por un momento trató de alejar ese pensamiento; sabía que necesitaba comer y descansar, después saldría a buscarlos de nuevo. Se preguntó qué más habría en esa luna, además de criaturas peludas y stormtroopers. Seguramente había algo más entre los árboles. Lo mejor era estar descansada y armada antes de salir a buscar a sus amigos.

Se aferraba a las cuerdas para no resbalarse del puente, pero las criaturas se movían con tanta facilidad que permitió que la empujaran un poco hasta llegar a lo que parecía una cabaña sobre la plataforma central. Era mucho más grande que las demás cabañas y una hermosa fogata estaba encendida justo al frente. Leia se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y estiró las manos hacia el fuego para calentarse un poco. El aire del bosque se sentía húmedo y frío, por eso las llamas se sentían tan bien cerca de su rostro. Su amigo ewok parecía haberse convertido en su anfitrión; se sentó a su lado, en el suelo, y asintió.

Le entregaron una taza de madera y vio que un niño se acercaba con una canasta llena de frutas moradas. Las criaturas hicieron una reverencia, retrocedieron unos pasos e hicieron gestos con sus manos, indicándole que comiera y bebiera.

Leia volteó a su alrededor y vio que un mar de caras peludas y enormes ojos negros la miraba mientras el sol se ocultaba. Sentía que debía dar algún tipo de discurso o algo parecido, después de todo, ella era su invitada. Así que levantó la taza.

—Gracias —dijo, de inmediato todos los ewoks guardaron silencio—. Es un honor ser parte de su tribu. —No sabía si eso era correcto, pero nadie parecía molesto, aunque también era cierto que nadie le entendía. Como fuera, parecía lo correcto, pues de inmediato todos le aplaudieron y le dieron palmadas en los hombros y en la espalda.

La taza estaba llena de un fuerte brebaje, quizás un té. En cuanto lo probó, se sintió relajada. Antes de que se diera cuenta la taza estaba vacía. Un grupo de ewoks la animó a que se levantara; cuando lo hizo, la llevaron hacia una cabaña y le pidieron que entrara.

Estaba oscuro y cálido. De las paredes colgaban herramientas de madera y canastas; en la esquina había una colchoneta cubierta de pieles. Los ewoks, sin dejar de murmurar, le ayudaron a recostarse. Cuando lo hizo, Leia se dio cuenta de que era muy suave. De inmediato la taparon con una cobija de piel. Era maravillosamente suave y caliente, mucho mejor que dormir sobre las hojas en el suelo del bosque. Leia sintió una oleada de amor hacia esas criaturas, quienesquiera que fueran, pues eran valientes, astutas y amables: una combinación perfecta.

Uno de ellos le limpió la cara con algo cálido y húmedo que olía como un dulce aceite. Los murmullos de los ewoks eran relajantes, como una canción de cuna.

Más tarde, cuando despertó, la cabaña estaba completamente oscura y las criaturas se habían ido. Leia se levantó con los músculos adoloridos por el choque que había tenido en el speeder. Empujó la puerta y salió.

La aldea estaba en silencio, sólo unos cuantos ewoks seguían frente a las fogatas que levantaban columnas de humo aromático entre los árboles. Leia suspiró al darse cuenta del silencio que había, se reclinó sobre el barandal y dejó que el aire húmedo acariciara su rostro.

Un ruido llamó su atención. Su amigo y otros dos ewoks se acercaban a ella. Su amigo dijo algo y señaló lo que los otros dos cargaban.

—¿Qué es *eso*? —preguntó—. ¿Tienen algo para mí?

Las criaturas asintieron, hablaron más emocionadas y levantaron lo que parecía un pedazo de tela doblado. Cuando lo desdoblaron, Leia vio un hermoso vestido tejido de un material café: era sencillo, pero hermoso.

—¿Eso es para mí? —sonrió.

Los dos asintieron y le dieron el vestido; cuando lo aceptó, la empujaron de nuevo hacia la cabaña para que se cambiara. Ya dentro, Leia se puso el vestido y alisó las arrugas, le quedaba a la perfección. Comenzó a escuchar nuevamente el tamborileo de la música. El brillo de las fogatas volvió a aparecer en las orillas de la puerta. Cerca de ella sonaron varios chillidos y gritos y, además, el llamado de un cuerno que resonaba en el bosque. La fiesta había iniciado y era momento de que regresara con sus anfitriones.

Leia se agachó y empujó la puerta para salir a la plataforma. De inmediato las criaturas la rodearon y la llenaron de «uuuhhhs» y «ooohhhs». Ella les sonrió a todos.

—Muchas gracias por cuidarme y por este hermoso vestido, me encanta. —Todos asintieron y bailaron de un lado a otro mientras murmuraban.

Entonces se dio cuenta de que su amigo y los otros dos ewoks que le habían dado el vestido aún cargaban lanzas a sus espaldas.

—Pero tengo una petición más —dijo—. ¿Este vestido incluye una lanza? —preguntó al mismo tiempo que hacía un movimiento con su brazo.

Su amigo hizo un ruido y dio un paso adelante, después le entregó su lanza.

—¡Es perfecta! —exclamó Leia mientras la levantaba.

Los ewoks rieron y ella sonrió.

El ruido de las celebraciones viajó por el bosque. Los fuegos artificiales estallaron en el cielo nocturno y agregaron más colores a las estrellas por donde aún viajaban los X-wing. Leia estaba parada sobre una piedra, asomada entre los árboles oscuros. Los fuegos festivos de los ewoks brillaban como antorchas en la oscuridad. Pequeñas figuras se amontonaban en varios grupos, brincando, bailando y cantando. Su corazón latía al mismo ritmo que los cánticos. ¡El Imperio había sido derrotado! Había soñado con ese día, pero eso no había sido suficiente para lograrlo. Lo habían logrado con valentía, astucia y un enorme espíritu de pelea.

De pronto, un ewok se acercó a ella.

—¡Wicket! —gritó y bajó de la piedra para poder abrazar a su amigo y cargarlo—. ¡Lo logramos! —exclamó mientras daban vueltas.

Wicket le dijo algo y también la abrazó con sus brazos regordetes.

—¡Tu tribu es fantástica! —dijo Leia. Se arrodilló y tomó las manos del ewok—. Gracias, no lo habríamos logrado sin ustedes. Lo digo en serio.

El ewok asintió emocionado y después la tomó de la mano para llevarla hacia la celebración. La música se escuchaba en todas partes, en gran medida gracias a un ewok que tocaba tres tambores atados a su cuello. Otros soplaban trompetas tan grandes que se apoyaban en el suelo. En las orillas, los demás bailaban y tocaban tambores de piel que colgaban de algunas ramas. Sus gritos emocionaban a Leia. Se unió al baile y, de la mano de Wicket, brincaba de un lado a otro con todos los demás.

Por encima de ellos, varias fogatas rugían desde las plataformas; parecía que el bosque entero estaba en llamas mientras todos bailaban. Leia dejó a Wicket y subió las escaleras hacia una plataforma. Traía puesta una corona de ramas que uno de los ewoks le había dado. Han estaba ahí y Chewie también… De pronto, su corazón se detuvo, Luke

se acercaba caminando hacia ella, su rostro parecía resignado, pero triunfante. Ella lo abrazó con fuerza.

C-3PO bailaba con el jefe Chirpa mientras Chewie y Lando se felicitaban. Han le dio unas palmadas en la espalda a un ewok al mismo tiempo que otro llenaba su taza con el líquido de una bolsa de piel. Leia rio al ver cómo otro daba una vuelta de carro tras otra. R2-D2 chirrió a su lado y ella bajó la mirada hacia él.

—¡Mi compañero de baile! —exclamó ella—. Ven aquí, R2. —Le dio unas palmaditas en el domo y empezó a moverse de un lado a otro mientras el droide daba vueltas en círculos. Luke rio y su risa la llenó de un profundo cariño.

Han y Chewie caminaban entre las fogatas, Han le daba sorbos a una taza llena del líquido especiado que le habían dado los ewoks. No estaba nada mal.

—Bien, Chewie. Lo logramos —dijo Han, dándole una palmada en el hombro a su copiloto.

Chewie rugió.

—Claro, claro. Lo siento, Chewie. —Han levantó su vaso como si hiciera un brindis—. Por cierto, robar ese caminante fue una gran idea.

Chewie asintió, en señal de que aceptaba el cumplido de su amigo, después señaló a un grupo de stormtroopers sentados debajo de un árbol con las manos atadas en la espalda. Se veían sucios y decaídos. Chewie volvió a señalarlos y gruñó.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Han en voz alta mientras veía al grupo de ewoks que rodeaba a los prisioneros. Estaban cantando al ritmo de unos tambores que golpeteaban los chamanes; otros cortaban raíces y verduras sobre una mesa. Mientras Han los veía, tres de ellos sacaron cuchillos de sus fajas y empezaron a afilarlos con otras piedras mientras los otros los observaban haciendo gestos de aprobación. Probaban el filo con sus dedos y, cuando estuvieron satisfechos, los levantaron y gritaron algo. Un ewok estaba parado justo frente a uno de los stormtroopers capturados. Con el cuchillo cortó una verdura naranja… y le lanzó los pedazos.

Chewie empujó a Han y gruñó algo.

—Espera… espera… ¿los stormtroopers? —repitió Han—. Vaya, ¿crees que deberíamos dejarlos? Digo, los imperiales no son nuestros mejores amigos.

Chewie se encogió de hombros.

—¿Dejar qué? —preguntó Leia acercándose a Han y Chewie por detrás.

—¡L… Leia! —gritó Han, dándose la vuelta—. Sólo estábamos… —dijo y volteó a ver a Chewie, esperando que lo ayudara.

Leia sonrió de una forma que les hizo saber que entendía exactamente de lo que hablaban.

—Sólo estaban... ¿dejando que los ewoks cocinaran al enemigo? —dijo, sacudiendo la cabeza, pero sonriendo.

Chewie gruñó en defensa propia.

—Ni siquiera lo intentes, Chewie. —Leia fingía regañarlo con una sonrisa y las manos en la cintura.

—¡Apenas llegamos! —protestó Han levantando las manos—. ¿Cómo íbamos a saber lo que estaban planeando?

Leia volteó a ver a los ewoks que cortaban alegremente las verduras y les mostraban sus cuchillos a los troopers, que seguían intentando escapar, arrastrándose centímetro a centímetro por el lodo.

—Y bien, ¿pensaban detenerlos?

—¡Claro! —respondió Han con una mirada inocente—. Mmm… ¿tal vez? ¿Quiénes somos nosotros para interferir con sus costumbres? —Han le dio un pequeño golpe a Chewie, quien asintió con un rugido.

Leia se volteó, pero Han pudo ver la sonrisa que trataba de ocultar.

—Yo me encargaré de esto —dijo ella levantando una ceja.

Leia se dio la vuelta y se acercó al grupo de ewoks que estaban con los stormtroopers; ellos levantaron la mirada, todavía tenían los cuchillos en las manos. Estaban a punto de terminar de cortar las verduras y los troopers serían los siguientes. Ella señaló a los prisioneros.

—Por favor, déjenlos ir —dijo alzando la voz para que pudieran escucharla por encima de la música. En el cielo, justo encima de ellos, explotaron unos fuegos artificiales naranjas—. Debemos tratar al enemigo con justicia. —Leia juntó las manos como si lo implorara.

Por un momento, los ewoks la miraron fijamente con los cuchillos en la mano y ella pensó que había ganado. De pronto, uno les dijo algo a los demás y todos siguieron cortando las verduras. Leia suspiró.

Regresó a donde estaban Han y Chewie. Entre los árboles podía ver a Wicket bailando con R2-D2 mientras C-3PO trataba de explicarle algo al jefe Chirpa.

—Parece que los ewoks tienen hambre —le dijo a Han—. Ve al campamento de la general Syndulla y busca raciones de comida que podamos ofrecerles. Yo me aseguraré de que los stormtroopers estén a salvo. —Luego añadió, sonriendo—. Hera se alegrará de verte.

—Oh, fantástico. Sé lo que me costará eso —murmuró Han y después suspiró—. Vamos, Chewie, necesitaré apoyo, y más vale que también llevemos a R2.

Chewie gruñó.

—Oye, lo sé, pero Leia tiene razón, creo que debemos tener un poco de misericordia con los troopers. Aunque no se la merezcan —dijo Han y después volteó a ver a Leia apuntándole con el dedo—: Más vale que esto salga bien; sólo lo hago por ti, lo sabes.

Leia lo recompensó con una sonrisa del tipo que sabía que él no podía resistir.

—Lo sé, gracias.

Hera Syndulla era la capitana del *Fantasma*; Han la conocía desde hacía muchos años, ella había estado con los rebeldes mucho antes que él. Ahora era parte fundamental del alto comando de la Alianza. Era valiente, inteligente y una piloto muy talentosa, ni él podía negarlo. El *Fantasma* era un carguero VCX-100 modificado, corelliano, igual que el *Halcón Milenario* de Han. Él había visto al *Fantasma* en acción, su cañón dorsal de 360 grados había acabado con muchos cazas TIE. Era impresionante. ¡Pero su vieja nave también lo había hecho muy bien en la misión más reciente! Han caminó un poco más rápido y pensaba en cómo Lando había pilotado el *Halcón* entre los túneles de la Estrella de la Muerte para llegar al núcleo. La nave había perdido su radar, pero al final logró escapar de la explosión de la estación espacial. Han no podía soportar el hecho de que no hubiera sido él quien la pilotara en su momento de mayor éxito.

Caminó hacia el espacio abierto en el que estaban estacionados el *Halcón* y el *Fantasma*, uno al lado de otro. Chewie y R2 lo seguían de cerca. Ahí también había fogatas y los gritos de celebración hacían eco entre los árboles. Un grupo de soldados rebeldes jugaba a los dados mientras otro grupo se pasaba una jarra de mano a mano para rellenar sus copas y después chocarlas brindando.

Hera vio a Han en cuanto llegó.

—¡General Solo! —exclamó la twi'lek de piel verde al mismo tiempo que se levantaba y caminaba hacia Han. Cuando llegó se paró derecha como siempre y extendió una mano—. Excelente trabajo hoy, Solo. —El droide astromecánico llamado Chopper, golpeado y sucio por la pelea, estaba parado al lado de ella, su cubierta metálica lucía opaca bajo la luz de las fogatas.

Han estrechó su mano, su agarre era firme.

—Tampoco te fue tan mal a ti: escuché que el *Fantasma* lo hizo muy bien. —Hizo una pausa y después sonrió—. Pero nada puede ganarle a la experiencia… como la del *Halcón*. —A su lado, Chewie rio.

—¿Querías algo, Solo? ¿O nada más viniste a saludarme?

Han borró la sonrisa de su rostro y después tosió.

—Oh, sí, claro, escucha… los ewoks están hambrientos. Están tratando de cocinar a… umm… «comida alternativa» y queremos detenerlos. —Hera se veía confundida, hasta que R2-D2 pitó—. Está bien, R2, iré al grano. Sé cómo suena esto, pero necesito bocadillos para las pequeñas bolas de pelos, porque se les están antojando los stormtroopers y Leia cree que deberíamos tenerles misericordia. Así que necesitamos algunas raciones de comida.

A un costado, R2-D2 y Chopper estaban ocupados platicando de algo, pitaban, chirriaban y encendían luces.

Una sonrisa apareció en el rostro de Hera y volteó para caminar hacia las raciones de comida que estaban en las afueras del campamento.

—Con gusto les daré las raciones… siempre y cuando lo digas.

Han dio un paso atrás. Ahí estaba. ¡Lo sabía! Nunca lo dejaría en paz. Él sacudió la cabeza. Después de todo ese tiempo, de todos esos años con la Rebelión, de todas las peleas… Habían derrotado al Imperio y seguían de pie, pero aun así habían llegado a ese momento.

—No lo diré —dijo Han, cruzando los brazos.

Hera entrecerró los ojos y, sin dejar de sonreír, levantó los hombros.

—Muy bien, saluden a la General Organa de mi parte —dijo y le dio la espalda.

Chewie gruñó y le dio un golpe a Han que lo desbalanceó y casi lo tiró al suelo.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Está bien!

Hera se detuvo y volteó a ver a Han, colocó sus manos en la cintura y empezó a golpear el suelo con el pie, impaciente. Han se aclaró la garganta, acomodó su cinturón y pasó la mano entre su cabello, después respiró profundo.

—El *Fantasma* es mejor que el *Halcón*. —No entendía las palabras que había dicho. ¿Realmente habían salido de su boca?

—Bueno… —dijo Hera, estirándose—. Por fin estamos de acuerdo en algo —sonrió—. Pueden llevarse las raciones. Úsenlas sabiamente.

—Gracias —gruñó Han. Chewie levantó el contenedor más grande mientras Hera y Chopper se alejaban riéndose.

—Por favor, esperen un poco más —le imploró Leia al grupo de ewoks que rodeaba a los stormtroopers atados. Los ewoks no dejaban de hablar con los cuchillos levantados—. ¡Ya viene la comida! —les dijo Leia—. *Otro* tipo de comida.

Las pequeñas criaturas no paraban de hablar y agitar sus cuchillos de piedra en el aire. Los troopers seguían intentando escapar.

—Deberían agradecerme esto —les dijo Leia.

De pronto, Chewie apareció entre la luz de las fogatas. Leia se puso feliz al ver que Han y él cargaban grandes contenedores de metal.

—¡Por fin! —exclamó Leia corriendo hacia ellos—. ¡Lo lograron! ¿Cómo les fue?

—Mmm… bien —respondió Han, volteando a ver a Chewie, quien gruñó y le dio una palmada en la espalda.

Leia miró a uno y a otro, un poco confundida, pero tenían la comida y eso era lo que importaba.

—¡Todos! ¡Aquí! —les gritó a los ewoks, que se acercaron tambaleándose. De inmediato las criaturas se subieron a las cajas y empezaron a olerlas y a tratar de cortarlas

con sus cuchillos—. Esperen, esperen —les dijo Leia. Abrió un contenedor y Chewie la ayudó a vaciar lo que había dentro. Las raciones cayeron al suelo.

Los ewoks las levantaron y las pusieron contra la luz para ver su interior. Leia se arrodilló entre ellos y levantó dos raciones para mostrarles que eran comestibles.

—¡Es comida! ¿Ven? ¡Comida! —explicó mientras le daba una mordida a la ración y después se la acercaba a un ewok—. Pruébala. —Hasta R2-D2 repartía raciones con su brazo metálico.

Chewie gruñó mientras el ewok veía con curiosidad lo que Leia le ofrecía.

—Ya los convencerá —dijo Han—. Es difícil resistirse a ella, créeme, lo sé.

El ewok se acercó aún más y olió la ración. Leia aguantó la respiración mientras se acercaba a tomarla de su mano. Finalmente, la criatura se animó a tomarla y le dio una mordida. Nadie se movió, todos lo miraron con detenimiento.

Después les gritó algo a los demás, tomó varias raciones y las mostraba con las manos al aire. Los otros gritaron y corrieron hacia las raciones, atragantándose con todas las que pudieran meterse en la boca.

Leia se relajó un poco y suspiró. Han alzó una ceja y ella le dio una palmada en la espalda.

—Tendré que agradecerle a Hera —dijo Leia sonriendo.

—¿Hera? ¿Y yo? —preguntó Han indignado.

Leia lo vio y después sonrió.

—Por cierto, nadie cree que el *Fantasma* sea mejor que el *Halcón* —le aseguró ella.

—Claro, no tienes que decírmelo —comentó aliviado Han y apretó el hombro de Leia mientras su risa resonaba a través de los árboles como una campana.

Sola en su habitación en el *Fantasma*, Sabine Wren se ponía sus mallas y su armadura. Sentía el estómago vacío y agitado, como siempre antes de emprender una misión. Y la de ese día era importante: encontrar a la princesa Leia Organa en el puerto espacial de Garel, separarla de sus escoltas y obtener la datacinta que había acordado entregar a la Rebelión como parte de su trabajo como espía.

SABINE

Sabine estaba sentada en la orilla de su cama mientras se ponía las botas y pensaba en Leia. No la conocía muy bien y estaba a punto de poner su vida en las manos de la princesa. Si Leia daba un paso en falso, los stormtroopers que la escoltaban sospecharían que algo estaba mal y la aniquilarían antes de que pudiera decir «Imperio». Pero también era cierto que Leia había salvado su misión en Lothal al pensar astutamente en muy poco tiempo y animarlos a extraer sus naves del candado de gravedad cuando parecía imposible.

Sabine pensó en eso al levantarse y tomar el casco de la pared. Las manos le sudaban. Tenía que confiar en Leia. No tenía otra opción. El tiempo para su misión se estaba acabando y, lista o no, debía poner manos a la obra.

La princesa Leia Organa tenía la mirada clavada en la ventana; la nave imperial se acercaba a Garel. Los rascacielos empezaban a asomarse entre las nubes. El puerto espacial estaba en el centro de la ciudad. Se cubrió la cabeza y volteó a ver al stormtrooper que estaba sentado a su lado. Había stormtroopers frente a ella, atrás y en los controles de la nave. Sólo estaban ahí para asegurarse de que cruzara por el puerto y se subiera a la nave que la llevaría a Coruscant. Lo que no sabían es que habría un pequeño desvío en la ruta, cortesía de Hera Syndulla, Sabine Wren y Leia. Fue Leia quien pensó en la datacinta que había escondido en la pared dentro del puerto espacial. Sabine interceptaría a la escolta en algún lugar del puerto espacial y Leia dirigiría a la rebelde hacia la datacinta. Después Sabine regresaría al *Fantasma* y Leia continuaría su camino hacia la reunión en la que platicaría sobre la crisis habitacional de los wobani. Leia suspiró. Todo su ser ansiaba estar en el campo de batalla con un bláster en la mano, peleando al lado de otros rebeldes. En cambio, estaba sentada en una nave rodeada de troopers, pretendiendo ser leal al Imperio y siendo amable con los comandantes. Como fuera, eso también era trabajar para la Rebelión, sólo que en ese momento debía de conformarse con hacerlo de manera encubierta.

El comunicador sonó en la cabina de la nave.

—Nos aproximamos al puerto de Garel, señor.

—Personal de alto nivel a bordo —respondió el piloto—. Aseguren el área, tenemos siete minutos para cumplir la misión.

—Señor, ¿es suficiente tiempo? —dijo el copiloto. Leia podía oír la tensión en su voz, la misión era cambiar de naves para evitar que los cazarrecompensas los siguieran fácilmente.

El piloto volteó a verla y ella les regresó la mirada. Se aclaró la garganta y volvió a mirar al frente.

—El precio de su cabeza es alto, tal vez tengamos problemas, manténganse alerta.

El joven y sudoroso copiloto asintió. Leia vio que sus manos estaban blancas por agarrar el volante con tanta fuerza y sonrió. El cambio de nave sería la oportunidad perfecta para darle la datacinta a Sabine, con o sin cazarrecompensas detrás de ella. El puerto estaba cada vez más cerca. Se acomodó la túnica, estaba lista.

Sabine caminaba cerca de la pared del enorme puerto espacial en Garel. Sus botas se deslizaban sin hacer ruido sobre las cajas y contenedores que la ocultaban de los stormtroopers a unos metros de distancia. Entrecerró los ojos, llevaba su bláster en la mano. Ahí estaba. Leía vestía una túnica blanca con la que también podía cubrir su rostro. Sin duda sería un desafío y a Sabine le gustaban los desafíos.

—Asegúrate de conseguir la datacinta antes de que lleguen los problemas, Espectro-5 —dijo Hera a través del comunicador. El *Fantasma* estaba listo para recogerla en cuanto terminara su misión.

—Enterada, Espectro-2 —respondió sin apartar la mirada de su objetivo.

Los stormtroopers habían llegado al panel de acceso en el otro extremo del hangar. Era la oportunidad perfecta. Tenía que capturar a la princesa Leia antes de que la llevaran más lejos. Sabine corrió pegada a las paredes hasta que se encontró a una distancia segura para lanzar una bomba.

Vio a los troopers y después levantó su brazo para lanzar la bomba frente a ellos.

De pronto ellos protestaron y cayeron al suelo, sus armaduras hicieron un ruido estridente al chocar con el piso.

—¡Princesa, retroceda! —gritó uno mientras apuntaba a Sabine con su bláster. Leia se dio la vuelta, se envolvió en su túnica y se pegó a la pared.

De pronto, una cuerda de fibra salió disparada. Leia sintió cómo se enredaba en su cintura, como si fuera un lazo que casi la tira al suelo. La jalaron por una puerta. Era… debía de ser Sabine. Lo hacía para que pareciera un ataque real.

—¡Trooper! ¡Ayuda! —gritó Leia tratando de que su voz sonara asustada.

Antes de que los stormtroopers pudieran reaccionar, la bomba explotó y una densa nube de pintura amarilla salió disparada. Los troopers gritaron cuando la pintura cubrió sus cascos. Sabine, si es que en verdad era ella, la jaló hasta un pasillo, le disparó al panel de acceso y, aliviada, Leia vio a los troopers justo cuando la puerta se cerraba en sus caras.

—¡Cazarrecompensas! —gritó uno mientras tosía—. ¡Se llevaron a la princesa!

—¿Es… pintura? —preguntó otro tocando la sustancia amarilla.

Jadeando, Leia se recargó sobre una pared metálica fría. La rebelde se quitó el casco. Su cabello era azul y sus ojos filosos. Era Sabine, no había duda.

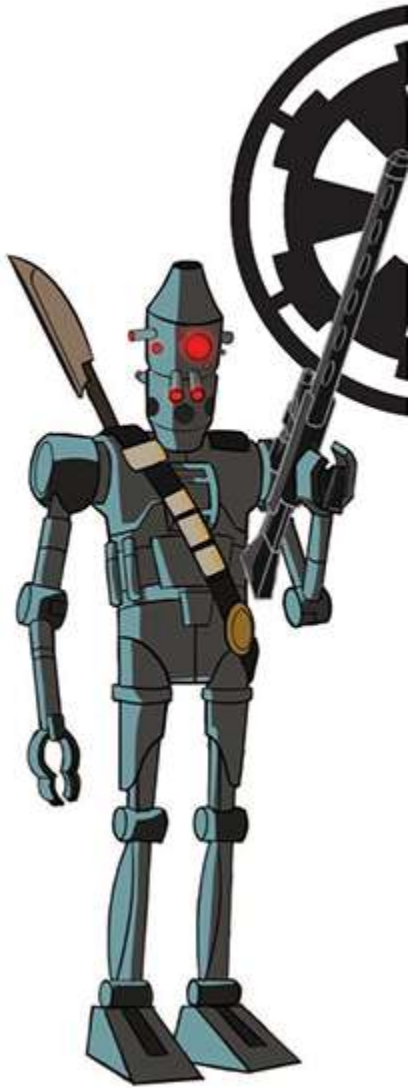
—¡Hola! —dijo estirando la mano—. Soy Sabine Wren. Me enviaron para capturarla, ¿tiene la datacinta?

—Sí —respondió Leia—. Pero tuve que esconderla para que el Imperio no se diera cuenta de que estoy trabajando con la Rebelión.

Del otro lado de la puerta se escuchó un choque y el panel de control parpadeó. Los troopers estaban tratando de derribarla y entrar al rescate.

Sabine volvió a colocarse el casco y corrió por el pasillo guiando a Leia hacia otro cuarto lleno de máquinas.

—¡Por aquí! —le gritó Leia a Sabine—. La escondí en este panel. —Zafó la cubierta y sacó la data cinta—. Toma, en ella están las ubicaciones de las bases imperiales. Úsenla bien —dijo viendo a Sabine a los ojos.



Pero antes de que pudiera entregarle la cinta, una figura humanoide apareció al final del pasillo. Se escuchaba el rechinido metálico y se veía el parpadeo de unas luces… Se acercaba a ellas.

—¿Qué es *eso*? —preguntó Leia abriendo mucho los ojos.

—IG-88 —explicó Sabine sacudiendo la cabeza—. Un verdadero cazarrecompensas, aunque tal vez esté más interesado en su datacinta. Es uno de los mejores en la galaxia. No esperaba verlo aquí. ¡Resguárdese!

Las dos se escondieron detrás de una puerta en cuanto el droide disparó.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Leia jadeando y pegándose al marco de la puerta cuando el droide abrió fuego—. Me da la impresión de que eres el tipo de mujer que siempre tiene un plan.

—No tema, sí tengo un plan —dijo Sabine mientras sacaba otra bomba de pintura de su cinturón, aunque sólo le quedaba esa última; si eso no funcionaba, tendría que comprobar su habilidad con el bláster, lo que era un riesgo, ya que IG-88 era muy bueno—. Espere —dijo Sabine mientras colocaba la bomba a un costado de la pared y empezaba a pitar. El droide caminó hacia ellas, el sonido de sus pasos se amplificaba por el piso de metal. Unos disparos láser rojos volaban cerca de ellas. Un poco más cerca y el droide pasaría justo frente a la bomba.

¡BOOM! La bomba explotó y bañó al droide de pintura morada.

—¡Váyase, váyase! —gritó Sabine.

Se detuvieron justo frente a la puerta atorada, un crujido metálico indicó que los troopers casi la atravesaban.

—¡Escóndete! —ordenó Leia.

Sabine se lanzó detrás de un montón de cajas. El ruido detrás de la puerta creció hasta que una parte del metal se desprendió y cayó al suelo.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos—. ¡Senadora! ¿Se encuentra bien?

Justo en ese momento IG-88 se asomó por el pasillo y se dirigió a Leia… y a los troopers que habían entrado. Entonces Leia volteó del droide a los stormtroopers y entrecerró los ojos. Sabine entendió su plan de inmediato, era como si ella misma lo hubiera ideado.

—¡Por fin aparecen! ¡Eliminen a ese cazarrecompensas! —ordenó Leia, señalando a IG-88.

Los troopers dispararon de inmediato, sus lásers rebotaron en la armadura del droide, que también empezó a dispararles sin detener su paso. Uno de los troopers cayó al suelo, quejándose, y otro se lanzó detrás de unas cajas para evitar los disparos de IG-88.

—¡Vamos! —le dijo Leia a Sabine. Entre el caos ella pudo salir de su escondite y correr detrás de Leia hacia un pasillo a la derecha.

A medio camino, Leia se detuvo para recuperar el aliento. Se quitó la capucha de la túnica y se secó la frente.

—Tengo que regresar antes de que se den cuenta de que volví a desaparecer.

Le entregó la cinta a Sabine y las dos se miraron fijamente.

—Esto significa mucho para la Rebelión. Gracias, senadora Organa —le agradeció—. Quiero decir, princesa. No, senadora, no…

—*Leia* —respondió la princesa, tomando las manos de Sabine.

—Leia —repitió Sabine.

Al asomarse por el pasillo se dio cuenta de que la batalla entre los troopers y el cazarrecompensas seguía.

—Tengo que irme —dijo y se dio la vuelta.

Sabine la vio correr por el pasillo; su túnica se movía con el aire.

—¡Leia! —gritó de repente.

La princesa se detuvo y volteó a verla.

—Tú sigue luchando desde dentro, yo seguiré luchando aquí afuera.

Leia sonrió, de nuevo viendo a Sabine a los ojos, combatiente a combatiente.

—Espero que un día podamos pelear juntas. —Levantó la mano y se despidió de Sabine antes de desaparecer en el pasillo.

Un mensaje de Maz

¿Sientes el rocío del agua? ¿Puedes ver cómo choca con las rocas bajo la luz de la antorcha? Me da gusto que estés sentado a mi lado, aquí sobre el pasto húmedo. Confiaste en mí y ahora somos amigos, ¿verdad? Eso es bueno. Mis amigos me ayudan todos los días. Me han ayudado toda la vida. Seguramente ya te diste cuenta de eso tú también, ¿verdad? Nuestros amigos pelean *por* nosotros y *con* nosotros. Queremos ser héroes y, con ellos cerca, siempre lo somos. Los amigos son héroes mutuos. Y vemos que, a pesar de lo fuertes que creíamos ser por nuestra cuenta, somos más fuertes a su lado. A veces también tenemos que ser humildes con ellos. Verás, los amigos sacan lo mejor de nosotros, todas esas cualidades son las que te hacen un héroe. Ahora ya lo sabes. Si dejas de aferrarte a las cosas, serás como el río: flexible, continuo y siempre fluyendo hacia delante. A veces gentil, a veces feroz. Levanta la antorcha, ve cómo se refleja la luz sobre el agua. Me alegra que hayas venido a hablar conmigo. Veo que ya tienes que irte. Lo entiendo, pero recuerda, a donde quiera que vayas, siempre busca amigos, ellos te ayudarán a sacar al héroe que hay en ti. ¡Buen viaje!

Acerca de la autora

EMMA CARLSON BERNE ha escrito muchos libros infantiles y juveniles, incluyendo ficción histórica, deportiva, de romance y misterio. Escribe y corre tras sus hijos pequeños en Cincinnati, Ohio.